

LA HORA DE LAS REVISTAS

por Emir Rodríguez Monegal

bre la inexistencia de revistas literarias en la paradoja de que ahora, cuando había gran actividad editorial en nuestro país no existieran revistas literarias, en tanto que hace unos quince años (cuando la actividad editorial era escasa o nula) proliferaban las revistas. Este hecho singular obedece a muchas causas, la menor de las cuales no es sin duda, que la generación que hacia 1945 inició su actividad haya llegado ahora a la madurez. Las revistas literarias suelen ser obra de jóvenes de nuestro país. Para confirmarlo están las dos revistas de Julio Herrera y Reissig, la "Revista del Salto" de Quiroga, incluso la "Revista de Literatura y Ciencias Sociales" que editaba Rodó con un grupo de amigos. Cuando la generación del 45 empezó a buscar contacto con el público se concentró en revistas que como "Clinamen" y "Marginalia", como "Asir" y como "Número", como "Nexo" y "Nuestro Tiempo", reflejaban distintos matices de una misma promoción. Pero esta identificación entre revista literaria y revista juvenil, no es siempre exacta. En el pasado uruguayo hubo publicaciones muy influyentes, como los "Anales del Ateneo"

A los cuarenta años

La comprobación no es excesivamente original pero vale la pena subrayarla porque se ha creído (en Montevideo, Uruguay, 1963), con excesiva ingenuidad tal vez, que sólo tienen sentido las revistas juveniles. Aunque abundan ejemplos de grandes revistas extranjeras que no lo fueron —la NRF, en París, fue fundada por Gide cuando ya tenía cuarenta años cumplidos; la *Revista de Occidente* que funda Ortega y Gasset en Madrid, 1923, con la misma edad; *Les Temps Modernes* que en París, 1945, funda Sartre a los 40 años—, la memoria frágil o la ignorancia de muchos ha hecho pensar y escribir que sólo es posible editar una revista cuando apenas se ha salido del liceo. La verdad es otra. Porque una revista literaria debe cumplir varias funciones. Muchas de ellas pueden ser realizadas perfectamente por una revista de jóvenes. Otras no.

Si lo que se trata es de agitar el ambiente, una revista de jóvenes tiene más posibilidades. Porque la temprana edad en que sus redactores se asoman al mundo les permite ver todo es blanco y negro, los incita a adherir (para siempre) a las causas más extremas, les permite arriesgar todo su invisible prestigio en novatadas. Pero cuando se trata de otra cosa, las revistas extremadamente juveniles suelen quedarse cortas. Cuando se trata, por ejemplo, de ejercer la función creadora con responsabilidad artística, entonces se pasa lista y se descubre que no hay muchos escritores profesionales en el país. Cuando se trata de analizar seriamente (no periodísticamente) la realidad nacional, se ve que muchos sociólogos de café no tienen bastante fundamento ni conocimiento ni experiencia de los temas sobre los que pontifican. Cuando se trata de criticar a fondo, los golpes de efecto, el vocabulario terrorista, las citas trucas, no sirven. Entonces se descubre que no sólo lo que *Natura non dat*, *Salamanca non prestat*, sino que esa misma *Natura*, debe ser disciplinada, ejercitada, exigida, hasta poder rendir buenos frutos.

La función primordial

En esta hora de la realidad nacional hay muchos órganos culturales. La Universidad y el Ministerio de Instrucción Pública editan li-

bro en su primera época, como "La Cruz del Sur", como "Escritura", que no eran estrictamente revistas de jóvenes, aunque colaborasen en ellas también los jóvenes.

Por eso mismo, aquella observación sobre la inexistencia de revistas literarias en el momento en que hay tanta actividad editorial, ha venido a ser desmentida por la reaparición de "Número" y por la fundación de una nueva revista, "Puente", dirigida por un grupo joven con la intención de estrechar los lazos entre el Uruguay e Israel. Si bien "Puente" puede ser considerada rada como revista juvenil, por el promedio de edad de sus redactores, "Número" es una revista juvenil, por el promedio de edad de sus redactores, "Número" es una revista de adultos. No me corresponde calificarla más allá de ese adjetivo ya que soy su redactor responsable. Pero sí puedo aclarar que su reaparición (después de siete años de silencio) obedece al convencimiento de que es posible en este país una revista de gente que ha cumplido los 40 años. La respuesta del público al primer "Número" de la segunda época así parece confirmarlo.

bro, revistas, gacetas. Los diarios tienen sus secciones de Cultura, sus páginas bibliográficas. Los semanarios también se ocupan de libros y autores. Hasta en la radio y la televisión se habla de literatura. Hay mesas redondas, autores que se confiesan en público, exámenes reiterados de la realidad nacional. Todo lo cual está muy bien y demuestra una inquietud. Pero en ese cuadro hace falta algo más perdurable que la gacetilla periodística, algo más sesudo que la teorización galopante del semanario, algo más comprometido que las declaraciones de mesa redonda. La revista facilita esa tribuna. Sin ser tan efímera como el periódico (cualquiera sea su periodicidad, está atado a lo efímero por la disposición de ánimo del que lee), es menos solemne que el libro.

En la revista el lector espera encontrar una creación más madura, una reflexión más ahondada, un análisis más verdaderamente comprometido. Eso es lo que han sabido dar las grandes revistas, cualquiera sea su estilo, desde la NRF (que fundamentalmente fue de creación literaria) hasta *Horizon* (que balanceó muy bien inquietudes de todo tipo), hasta *Cuadernos Americanos* (con su preocupación totalizadora por el nuevo continente), hasta la *Revista de Occidente* (verdadero repertorio cultural de su tiempo), hasta *Scrutiny* (que contribuyó a fundar definitivamente los niveles de la crítica anglosajona), hasta *Les temps modernes* (que tuvo su hora en el planteo de problemas vitales para Europa). La primordial función de una revista es encarar los temas de interés general en un momento determinado en un nivel que sea menos efímero que el del periódico y menos definitivo que el de un libro.

Los tartufos hoy

La hora que está viviendo la cultura nacional es también de gran confusión. Buena parte de ella es involuntaria. Es la confusión inevitable en un país que padece su más aguda crisis institucional, económica e ideológica. Pero buena parte de la confusión es deliberada. Es obra de quienes no desean pensar con claridad, quienes practican una política cultural demagógica, quienes buscan evadirse de la realidad por la aplicación mecánica de teorías aprendidas malamente en

libros ajenos. Esa confusión deliberada es grave y una de las funciones capitales de una revista en el momento actual debe ser precisamente aplicarse al examen de esas confusiones, señalar con toda precisión las falacias y los falsos presupuestos, desenmascarar la frivolidad y el tartufismo. En el siglo XVII, Tartufo invocaba a la religión, ponía los ojos en el cielo, echaba un pañuelo sobre el pecho de masiado expuesto de una dama, y pretendía de ese modo tener el campo libre para sus ambiciones. Hoy los Tartufos invocan otros dioses más científicos o materialistas, ponen los ojos en la tierra, barajan citas en vez de pañuelos, pero buscan en definitiva la misma presa. La naturaleza inevitablemente efímera del material periodístico, la mala memoria de los lectores, su propia irresponsabilidad, suelen protegerlos. Por eso mismo, parece más necesario hoy que existan órganos de discusión literaria que tengan otras exigencias. El público también parece estar de acuerdo.— E.R.M.—